

José de la Colina

Su universidad fue la lectura

Silvia Molina

José de la Colina recibió el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores a principios de este año por su libro De libertades fantasmas o de la literatura como juego. La novelista Silvia Molina escribe una carta de emocionada y agradecida lectora a un autor que con una prosa rica en matices ha reivindicado los poderes lúdicos del arte literario a través de distintos géneros.

Muy estimado Pepe:

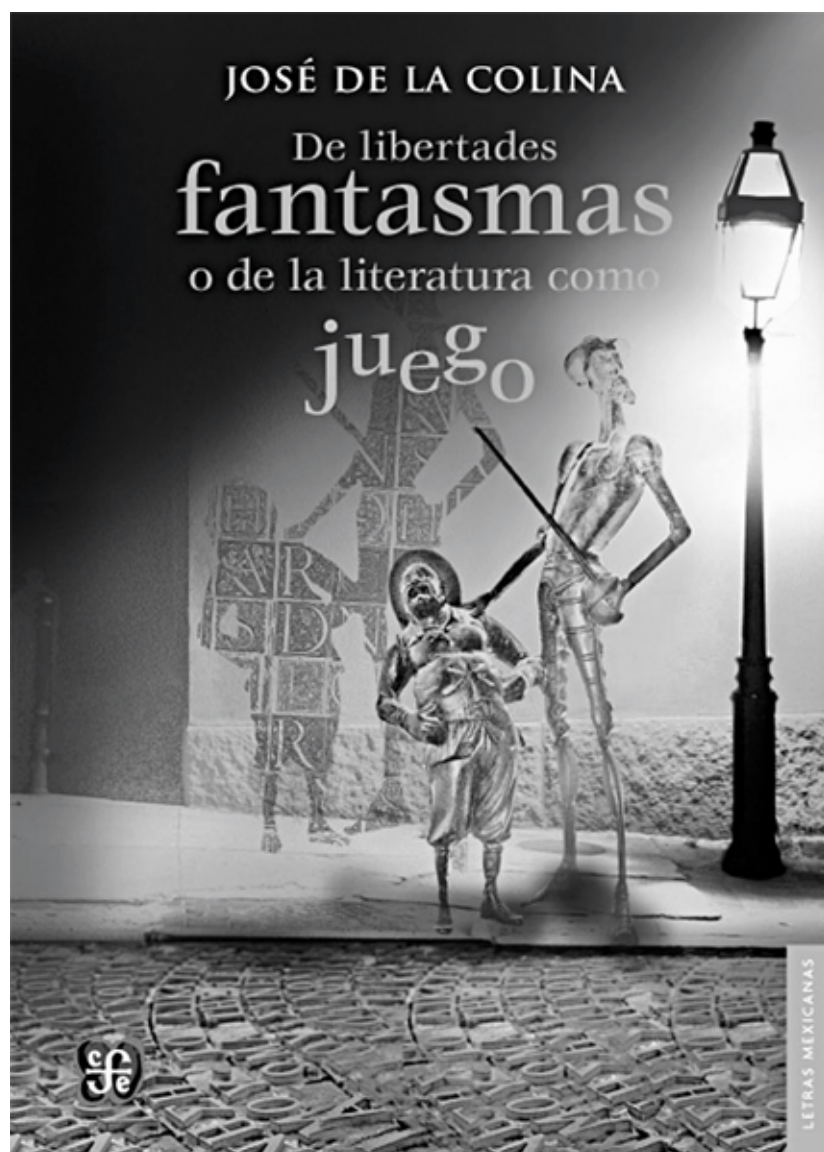
Deseo darle las gracias porque le debo muchas alegrías y reflexiones. Con su escritura no sólo he gozado sino que he aprendido de personajes, libros, épocas, cine, música, palabras... Y me he descubierto. Es tiempo de agradecerle su obra públicamente y felicitarlo por haber sido merecedor del Premio Xavier Villaurrutia.

Aunque lo conozco desde hace muchos años y siempre lo he apreciado, no he tenido el placer de pertenecer a su círculo de amigos ni a ninguna de sus tertulias que deben haber sido y son seguramente, si acaso siguen, divertidas y aleccionadoras; pero lo he leído, don Pepe, y por lo tanto lo conozco un poquito. Algo, pero lo conozco, aunque sólo sea una parte de usted, pero la más importante porque es la interior, la intelectual, la más profunda y al mismo tiempo la más juguetona.

Tal vez no sepa yo qué color le gusta, con qué navaja se rasura, dónde compra sus boinas, qué fruta prefiere, cuál es su restorán preferido..., pero sé que de niño leyó la colección Calleja y se dejó deslumbrar por la ampli-

tud de la Ciudad de México y sus volcanes, el maravilloso pan de dulce mexicano, los papatzules yucatecos y la XELA. Sé que le inquietan los libros que están dentro de los libros y las historias que están dentro de las historias. Sé de su admiración y su cariño por Pedro Miret, de su encanto por la música y de su preferencia por el jazz, de su amistad con Emilio García Riera y Jomi García Ascot con quien tuve el honor de hacer una serie de televisión llamada como su libro *Con la música por dentro*. Tan dulce, tan cortés, Jomi. Tan caballeroso y seductor.

Por usted he aprendido sobre los cafés que frecuentaron los españoles republicanos en el centro de la ciudad. Me hizo reír cuando cuenta que a mi paisano, Juanito de la Cabada, lo tomaban por compatriota los chinos del café Bucareli y le ofrecían chop suey y palitos para comer. Se han de haber reído como yo Emilio Prados, José Herrera Petere, Adolfo Sánchez Vázquez y Juan Rejano de verlo tamborilear su plato con los palitos.



Conozco por usted a algunos de sus personajes favoritos: ante todo don Quijote, el “rey de los hidalgos”, luego nada menos que el hada del Pinocho original, Fortunata, el capitán Nemo, Falstaff, Lord Jim y Porthos y el King Kong enamorado de la primera película... Y he podido darme cuenta de qué escritores lee (Stendhal, Proust, Stevenson, López Velarde, Pérez Galdós y Juana Inés —así, pediría usted, sin el “sor”—), qué le preocupa y cómo piensa respecto a algunas cosas.

Como ve, lo he seguido, don Pepe, porque, además, ha hecho la mejor biografía de su generación: mi esposo, por ejemplo, vio las mismas películas que usted en el cine club del IFAL y leía a los mismos autores que usted, que retrata con mucho sabor esos tiempos de juventud y luego de madurez: la Casa del Lago, con sus amigos Juan García Ponce y Salvador Elizondo, quien vio en una revista o libro que usted leía la semilla de *Farabeuf*, la foto que tanto lo impresionó. Y esa Ciudad de México de entonces y de ahora, nuestra desastrosa Esmófico City, no es otra cosa que vida, la suya, sí, pero también, sin duda, la nuestra, nuestra historia.

Estoy al tanto de las penurias de su familia cuando la guerra, de sus exilios, de su llegada a México, un chamaco; de sus primeras chambas, jovencito, en la radio; de su desazón en aquella época en que se sentía español en casa y en la escuela, y distinto entre los mexicanos, entre sus amigos, aunque no pronunciara la zeta ni la ce. Un misterio del que usted ha contado cómo lo marcó para el bien de la literatura: “Esta ambivalencia, esta ambigüedad de mi situación, fuente de una irreductible inquietud, que no lamento porque creo que a final de cuentas me ha enriquecido, hace de mi visión del mundo, y por tanto de mi literatura, algo un poco aparte, que se resiente del sentimiento de la inseguridad, la fragilidad, la fugacidad de todo...”. Acaso por eso algunos de sus cuentos nos ponen en situaciones límite.

De todos es conocido su entusiasmo por el cine, lo que lo mantuvo ocupado mientras encontraba algo para vivir ante la presión de su padre —aunque fuera como usted, “libertario”—, para que sentara cabeza. Entiendo sus deseos de pintar o de actuar, de escribir o hacer usted mismo cine, hasta de guerrear... y comprendo que mientras encontraba el coraje, la fuerza, la práctica, se hubiera decidido finalmente por hablar de sus pasiones, de hacernos ver lo que usted veía en el cine, por explicarnos o hacernos sentir lo que usted encontraba en los libros.

No ignoro que no le gusta hablar de *Cuentos para vencer a la muerte*, pero traigo a colación ese libro, precisamente, porque usted lo descalifica, lo anula, se arrepiente tanto de él como de haber dormido con alguien que le hizo daño y por eso no lo recogió en *Traer a cuento*. Un primer libro fallido para usted, pero para sus lectores, la simiente de su obra, en la que nos ha dado una gran lección: “Todos somos exiliados o terminaremos en el exilio”. Vidas errantes son las que llevamos de aquí para allá, como usted, don Pepe. De periódico en periódico, de revista en revista, de la literatura francesa a la española, de la española a la americana...; pero con un pie firme en la tierra, que ha sido para usted esencial, un gran amor, una memorable fidelidad: su entrañable María, la que nunca le tuvo celos a Cyd Charisse, porque se sabe amada como ninguna.

Me he preguntado sobre sus amigos de juventud y los de los últimos años. Creo que entre los primeros estaba Guillermo Rousset, supongo que Rousset Banda a quien conocí en la cárcel, cuando le dieron la mención del Premio Villaurrutia, como un jalónico para sacarlo. Me impresionó por lo que sabía y por lo que contaban que había sido su vida personal. Lo recuerdo también, claramente, al lado de Edmundo Valadés y Sergio Galindo, a quienes tanto extrañamos.

Dicen que la riqueza de los hombres está en sus amigos, ¿no es cierto? Pues usted ha contado con tantos y tan buenos, ya lo hemos visto. Tendríamos que nombrar

a Octavio Paz y Alejandro Rossi, así como a Eduardo Lizalde, Emilio Carballido y Fernando del Paso, en una larga lista. Y a propósito, alguna vez leí lo que dijeron de usted Octavio Paz, Alejandro Rossi (“un autor singular: su prosa es una de las mejores de México”; “goza de una prosa libre y a la vez un oído perfecto, carente de jergas muertas, con mucha serpentina y muy rica en miradas laterales”) y Adolfo Castañón en el prólogo a *Traer a cuento*. Elogios ciertos, justos, ya lo vemos ahora con el Premio Villaurrutia, que le llegó tardíamente pero que al fin le llega para que los escritores no tengamos ninguna deuda con usted.

Quiero decirle que descubrí en *Ven, caballo gris*, unos cuentos donde despunta su prosa exacta, y encontramos historias que nos duelen como es el caso, precisamente de aquel revolucionario que defiende lo único que le queda después de su lucha por el país mientras recuerda el indomable potro gris que vio una vez en Chihuahua. Luego llegó a mis manos *La lucha con la pantera* que me enseñó de la vida y de la lucha por el amor, *Los viejos*, *La tumba india* y *Viajes narrados* hasta que me regalaron su antología *Traer a cuento*, cuyo título me hizo sonreír, como me han hecho sonreír siempre su sentido

del humor y su ironía, su curiosidad sin límites que lo mismo se ocupa de Cervantes que de Snoopy.

De pronto me lo encontraba en Bellas Artes, ¿se acuerda?, o coincidíamos como jurados, fue cuando le conocí su carácter rotundo, su genio, que lo tiene. Con mayor razón lo busqué en las publicaciones donde acostumbra colaborar, en su blog. Ahí también lo he ido descubriendo. Detalles, pero detalles que hablan del hombre: como su amor por Polvorilla.

En sus otros libros, *ZigZag*, *Las medias fantasmas de leda R*, *Personerío*, *Portarrelatos* y *De libertades fantasmas* (dice usted que toda libertad es fantasma, que toda libertad es un juego literario) o *de la literatura como juego* he aprendido de usted que la literatura es, en efecto, un juego, pero hay que establecer las reglas. Y las suyas no son ideales sino puntuales.

Le agradezco la curiosidad y el espíritu juguetón, la ironía, la cultura sin límites, el tiempo feliz que me ha dado su lectura viendo que en sus reglas de juego admite lo mismo el relato, que el cuento, el ensayo, el pastiche, la parodia... En fin, apuesta por lo más importante: el juego.

Me declaro públicamente su admiradora. Muchas gracias por su escritura, SM. **U**



José de la Colina

© Javier Navarrete